

médico de cabecera Adinolfi (1) ordenó una sangría. Entre tanto había acudido el cardenal Pallavicini, el cual ordenó a Adinolfi que, aun cuando el Papa se opusiera a ello, llamase a consulta a Saliceti médico de gran renombre. Después de haber experimentado el enfermo algún alivio tras una crisis de sudor que le vino durante la noche, por la mañana fué conducido Saliceti por Adinolfi a la cama del Papa, ya casi libre de fiebre; sin inmutarse respondió el enfermo a las preguntas del nuevo médico. Saliceti declaró que no notaba síntoma alguno alarmante y que por el contrario era de esperar la mejoría; mas el enfermo había de contribuir a ello rechazando toda suerte de miedo. Esto agradó mucho a Clemente XIV, quien manifestó a Saliceti su deseo de volverle a ver. Aun cuando la fiebre había desaparecido por completo no se desistió de la rigurosa reclusión del enfermo. Ni los cardenales que acudieron presurosos, ni ninguna otra persona consiguió ver al Papa fuera de sus antiguos confidentes Bontempi, fray Francisco, Nicolás Bischi, el camarero Benedetti y los dos médicos. De éstos se supo lo siguiente: por la tarde del día 11 había reaparecido una ligera fiebre, el 12 le fué permitido al Papa levantarse un ratito para convencerle de que no se trataba de una enfermedad grave. Todos los días se celebraba misa en el aposento del enfermo y el parte facultativo anunciaba que seguía la mejoría. Esto sin embargo halló poca fe, pues se supo que había sido suspendida la ida a Castel Gandolfo y que Bontempi mostraba gran abatimiento (2). Ni de él ni de los demás confidentes fué posible conseguir otras noticias que las conocidas. Hasta después de la muerte del Papa no se tuvo noticia de la visita que en secreto le había hecho cierto inglés, de nombre Menghin, de quien por una suma de dos mil escudos había obtenido un enérgico elixir como antídoto (3). Nicolás Bischi impetró también de Clemente XIV

(1) En las *Lettres contenant le journal d'un voyage fait à Rome en 1773*, II, Ginebra, 1783, 56, se dice de Adinolfi que pasaba por uno de los «plus ignares de Rome».

(2) V. en el apéndice núm. 3 f *informe de Centomani del 13 de septiembre de 1774.

(3) Centomani *informa el 30 de septiembre de 1774 a Tanucci de las visitas nocturnas del inglés Menghin, per mezzo del quale fece venire una specie di elisir contro el veleno con avervi speso due mila e più scudi; e si sono ritrovato innumerabili bevette. *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, 1224. El *Ragguaglio d. vita di Clemente XIV*, Florencia, 1775, dice en la página 69 que después de la muerte del Papa se encontró «nelle tasche alquante pillole alessifarmache antisettiche» que él había usado con frecuencia.

una absolución general para su administración de la *Annona*. Fué una crueldad la insistencia con que se apremiaba al Papa, en medio de su grave enfermedad, para que publicase los cardenales reservados *in petto*, entre los cuales se hallaba también Bontempi (1). Además de Moñino y Bernis fué Malvezzi quien especialmente se interesaba en este particular. Temían que siendo la mayor parte de los cardenales favorables a los jesuitas (2), tendrían pocos partidarios en el futuro conclave (3). El enfermo, aun cuando débil y exhausto en extremo y a pesar de haber perdido en parte la memoria (tenía la boca abierta y la mirada desencajada fija en un punto), tuvo sin embargo energía para rechazar la demanda. Las únicas disposiciones que dió se referían al despacho de negocios improrrogables. Los íntimos del Papa hacían circular sin cesar toda suerte de halagüeñas noticias, a las cuales sin embargo no se les daba crédito (4).

Todas las esperanzas se desvanecieron cuando la mañana del 20 de septiembre se dió orden de hacer públicas rogativas y de exponer el Santísimo (5). Aquel mismo día le fué administrado el viático al Papa a quien se le declaró alta fiebre y una inflamación abdominal. Como en estas circunstancias todavía insistiera Malvezzi para que publicara los cardenales *in petto* contestóle el Papa en tono vehemente que pensara en su antecesor Benedicto XIV el cual había rehusado proceder a una promoción en el lecho de muerte, aun cuando entonces había en el sacro colegio más vacantes todavía que en la actualidad. Según otra referencia hubo de decir Clemente XIV que en aquellas circunstancias no estaba para pensar más que en la salvación de su alma, la cual no quería exponer a mayor peligro todavía (6). También se negó Clemente a disponer por testamento

(1) *Centomani el 13 de septiembre de 1774, loco cit. Cf. sobre todo *Tiepolo al dux de Venecia el 18 de julio de 1774, *Archivo público de Venecia*, Ambasciatore Roma, 291.

(2) Bernis en Theiner, *Gesch. Klemens' XIV.*, ed. alemana, II, 511. En la edición francesa (II, 511) ha sido suprimido este pasaje.

(3) Moñino *informa el 1.º de septiembre de 1774 a Grimaldi sobre sus esfuerzos y los de Bernis, «pues la baraja con que nos hallamos tiene pocas cartas buenas con que jugar». *Archivo de la Embajada española de Roma*.

(4) Véase en el apéndice núm. 3 g h el *informe de Centomani del 16 y 23 de septiembre de 1774.

(5) *Informe de Centomani a Tanucci del 23 de septiembre de 1774, loco cit.; informes del embajador de Lucca del 21 y 24 de septiembre de 1774, loco cit., 388 s.

(6) V. en el apéndice, núm. 3 h el *informe de Centomani del 23 de sep-

de su herencia. Después de haber recibido la unción a últimas horas del 21 de septiembre, al día siguiente entre siete y ocho de la mañana exhaló su postrer aliento (1).

A la muerte del Papa sólo se halló presente el general de los franciscanos Marzoni (2). El cadáver que pronto adquirió un color azul negruzco, fué embalsamado y el 24 de septiembre por la tarde conducido al Vaticano, para ser expuesto, según costumbre, en San Pedro; mas estaba ya tan descompuesto que hubo que cubrirle el rostro con una mascarilla. Practicado el habitual reconocimiento en la capilla Paulina fué preciso encerrar los restos mortales, a causa del horrible hedor que despedían, en una caja de ciprés que quedó expuesta en San Pedro del 25 al 26, día de la inhumación (3).

No es de extrañar que circularan rumores de envenenamiento (4).

tiembre de 1774. Cf. *Tiepolo al dux de Venecia el 22 y 24 de septiembre de 1774, *Archivo público de Venecia*, loco cit., y Bernis en Theiner, Hist., II, 513 s. En el informe del de Lucca del 24 de septiembre de 1774 reza la contestación: *Che nelle circostanze in cui trovavasi aveva da attendere agli affari della sua anima, la quale non voleva maggiormente aggravare. Loco cit., 389.*

(1) Acta consist. en Theiner, Hist., II, 516.

(2) *Il Generale Marzoni assistette S. S^{ta} fino alla morte, però solo. Tiepolo en el informe citado en la nota 6 de la página 455. — Sobre la presencia (sólo en espíritu) de San Alfonso de Ligorio cf. Pichler, Alphons, 292.

(3) V. en el apéndice núm. 3 i el *informe de Centomani del 26 de septiembre de 1774. *La sera di 24 [Settembre] verso un'ora di notte furono le di lui [Clemente XIV] interiora poste già in una vettina portate in una carrozza alla portinaia di SS. Vincenzo ed Anastasio a Trevi ed ivi consegnate al parroco vestito in cotta e stola; le ricevette con quattro torcie di libre 5 l'una mandate prima da Palazzo e fatte le debite anotazioni furono riposte nel consueto luogo. Liber in quo adnotantur obitus Summorum Pontif., *Archivo de los Santos Vicente y Anastasio de Roma*.

(4) *Macedonio a Almada el 26 de septiembre de 1774: desde el día siguiente a la muerte del Papa se habló mucho del envenenamiento. *Archivo de Simancas*, Estado, 5076. Durante la enfermedad sólo muy raramente aparece la sospecha del envenenamiento y por cierto que la primera huella la encuentro en un amigo de Tanucci, Francesco Sanseverino, el cual en una *carta del 30 de agosto de 1774 (v. anteriormente la nota 3 de la página 451), refiere haberse presentado un empeoramiento tras la permanencia del Papa en el Vaticano: In questo tempo non si usavano le precauzioni che si usano in Montecavallo circa il pranzo o altro che resta di suo uso. Sicchè il sospetto di una acquetta o di qualche specie di veneno non resta irragionevole o mal fondato. Si aggiungono li presagi che da quel tempo si cominciarono a spargere con più di furore e la storia ci mostra che così siasi usato sempre dalli Neri quando vollero commettere o avevano già commesse simili eccessi. De la última observación se desprende claramente el crédito que merece la sospecha de Sanseverino. Este mismo escribe también el 9 de septiembre a Tanucci que tenía por «probabile» el envenenamiento con «acquetta di Perugia». Es característico lo que escribe luego: L'esercito degli Ex-Soci e dei loro partitanti che tempo indietro si vedea umiliato ed avvilito,

En cambio lo negaron terminantemente los médicos y cirujanos que habían intervenido en la autopsia, quienes declararon que la rápida descomposición había sido natural consecuencia de los malignos humores provocados por la erupción cutánea (1). Las voces de envenenamiento disminuyeron notablemente cuando se supo la noticia del fuerte elixir que Clemente XIV había conseguido del inglés Menghin. Para acabar de una vez con los rumores y sospechas, el cardenal camarlengo Rezzonico hizo que los dos médicos que habían asistido al Papa durante la enfermedad y el cirujano que había presenciado la autopsia del cadáver, redactasen una relación concreta sobre la enfermedad y muerte del Papa (2). En este atestado corroborado con juramento desmienten los médicos la existencia del envenenamiento, declarando que el Papa fué conducido al sepulcro por causa exclusivamente intrínseca, de ningún modo externa o extraña (3). Como muchos años después se presentasen a un afa-

già comincia ad alzar la testa e con intolerabile impertinza marcia baldanzoso e pieno d'ardimento e di brio che l'incontrattarli la rabbia. *Archivo público de Nápoles*, loco cit. Ahora estaba Tanucci tan obsesionado como Sanseverino por el miedo de los jesuitas, pero no era tan ciego que diera crédito a la fábula del envenenamiento. V. la nota 4 de la página 460. Sobre rumores de envenenamiento cf. anteriormente, página 135.

(1) Centomani *escribió el 23 de septiembre de 1774 a Tanucci (loco cit.) que la mañana de aquel día se había realizado la autopsia del cadáver. De un médico especialista en anatomía que casualmente se hallaba presente fué informado el abate Fioravanti de que las entrañas estaban sanas y el estómago se hallaba intacto, si bien contenía una sustancia negra que fué reconocida como chocolate. El pericardio estaba roto, y los pulmones deshechos. De esta suerte quedaba eliminada toda sospecha de envenenamiento como los Frati propalaban. Cf. en el apéndice núm. 3 h, i y k. *Centomani a Tanucci el 26 de septiembre y de nuevo el 30 del mismo mes de 1774 (ibid.): Non ostante tutto ciò, li più savi però costantemente escludono tal veleno dato; ed il Papa se lo figurò da se e da se dopo lo produsse. — Cuando el Papa hubo referido todos los síntomas de su dolencia al médico Bianchi de Rimini respondióle éste que rasserenasse la sua mente, che quei effetti non procedeano dal veleno; per gli altri incomodi della sfogazione col sudore si sarebbe liberato.

(2) *Centomani a Tanucci el 4 de octubre de 1774: Ha cedido mucho el rumor del envenenamiento del difunto Papa, dopo che si è reso certo dell'abuso da lui fatto delli potenti elisir fatti venire da Inghilterra. Algunos cardenales dieron orden a Saliceti de redactar un informe exacto per smentire totalmente detta falsa voce. Ibid., Esteri-Roma, 1225.

(3) El informe en italiano y en alemán em Lebret, V, 505 ss. Cf. Ginzel, *Kirchenhist. Schriften*, II, 271 s. El 25 de octubre de 1774 remitió Centomani la *Relazione ufficiale sulla morte del Papa, añadiendo: Niente veleno, affermano i due chirurghi di Palazzo e Saliceti. Loco cit., Esteri-Roma, 1225. En el *Archivo de la Embajada española de Roma* existen también copias de la redacción tanto abreviada como de la más extensa.

mado toxicólogo el dictamen de Saliceti y el estado necroscópico, en vista de ellos redactó el siguiente dictamen pericial:

«1.º De los escasísimos datos y de las declaraciones ayunas de toda base científica de los médicos acerca de la enfermedad, y del estado de las vísceras no es posible emitir un juicio pericial categórico sobre la causa de la muerte del susodicho Papa.

»2.º La circunstancia de que Ganganelli padeciera por largo tiempo de erupciones cutáneas en extremo pertinaces, de úlceras en la boca, de ronquera y de desprendimiento escorbútico de las encías hace sospechar que estuvo afectado de una enfermedad crónica; para combatir la cual, como en aquella época era frecuente, había usado el mercurio en cantidad excesiva y que debido a éste particularmente se habían producido los fenómenos bucales arriba mencionados.

»3.º Es probable que a la vez sufriera de cáncer en el estómago; muy probable que en los últimos tiempos sobrevinieran hidropesía y pulmonía.

»4.º No es posible determinar si hubo envenenamiento por carecer en absoluto de puntos de referencia. Aun cuando aquél no es en absoluto imposible, no parece muy probable, existiendo condiciones morbosas, las cuales, como la hidropesía y la pulmonía, eran de sí suficientes para provocar la muerte.

»5.º Todos los fenómenos observados después de la muerte en el exterior del cadáver eran simples fenómenos de la descomposición que sobrevino rápidamente a causa del estado hidrópico del cadáver y del elevado calor que reinaba por aquellos días. Pero dichos fenómenos no proporcionan indicio alguno idóneo para declarar la causa de la muerte y en particular es absolutamente erróneo relacionarlos con una eventual intoxicación.» (1)

Aun cuando esto no obstante muchos contemporáneos y entre ellos el mismo cardenal Bernis siguieron creyendo obstinadamente en el envenenamiento, jamás pudieron aducir el menor indicio de prueba (2).

(1) Ginzell, loco cit., 249. El informe del embajador de Lucca del 21 de septiembre de 1774 (loco cit.) habla ya de cáncer, y asimismo la Relazione en Collecção, III, 222.

(2) Masson, 393 ss. Si en pro de la intoxicación se recurre al testimonio del general de los franciscanos Marzoni, único testigo presencial de la muerte de Clemente XIV, Marzoni declaró bajo juramento el 27 de julio de 1775 que en ninguna ocasión ni de ninguna manera le había dicho Clemente XIV haber sido

Cierta información atribuida a Moñino en la cual, a base de los síntomas que se daban en una obra médica de Pablo Zacchia, se defiende la existencia del envenenamiento, no es del referido embajador (1). El verdadero criterio de Moñino se deduce de su carta del 29 de septiembre al secretario de Estado de España, marqués de Grimaldi, en la cual dice: «Los rumores y el general recelo del pueblo de que la muerte del Papa no fué natural aumentaron a causa de los síntomas que se observaron en el cadáver y por otras pruebas inductivas». Moñino a quien pareció deficiente el informe sobre la autopsia, hizo todo lo posible por conocer la verdad, pero no pudo aducir nada decisivo (2). Todos los informes de la época que afirman la intoxicación no llegan a aducir una sola prueba consistente del hecho. En cambio los juicios contemporáneos contrarios al envenenamiento son muy numerosos y tanto más dignos de atención cuanto que incluso adversarios de los jesuitas se expresan en este sentido (3). Así Tanucci escribía el 11 de octubre de 1774 al rey Carlos III de España que Moñino le habría dado ya cuenta de las sospechas y rumores que corrían sobre el veneno jesuítico, pero que él (Tanucci) después de examinar extensos y exactos informes de Roma se había formado la opinión de que al Papa no le había sido proporcionado otro veneno que el convencimiento de que estaba intoxicado y los antidotos por él ingeridos le habían causado la muerte. De modo análogo se expresa también Tanucci en una carta a Grimaldi del 1.º de noviembre de 1774 (4). Luego, en el mes de

envenenado como tampoco había él notado señal alguna de intoxicación. Véase el texto de la declaración de Crétineau-Joly, V^o, 329. La circular impresa de Marzoni sobre la muerte del Papa la envió Centomani el 7 de octubre de 1774 a Tanucci, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, 1225.

(1) Ferrer del Rio, II, 504; Danvila y Collado, III, 585 s.; Ginzell, 245 s.; Duhr, *Jesuitenfabeln*, 71. Se trata de la Relazione citada anteriormente en la nota 1 de la página 458.

(2) Duhr, loco cit., 72; Masson, 294.

(3) Duhr, loco cit., 73.

(4) *Ibid.*, 75. Cf. Danvila y Collado, III, 597 s. En una *carta de Tanucci a Nefetti del 4 de octubre de 1774 se dice: Non crediate ucciso il Papa da altri che dal suo pensar fratescho; bon uomo ma non filosofo; ha sospettato un male, che ha voluto curare, lo ha curato troppo e male, ond'è venuto il male vero. Non è nuovo che si muori per mala medicina. Lasciamo maturare il successore... Fanfaronata delle solite è la vendetta di S. Ignazio, che dicono cotesti o furbi, o fanatici, o delusi. *Archivo de Simancas*, Estado, 6025. A Catanti *escribía Tanucci el 11 de octubre de 1774: Non col veneno hanno li Gesuiti ucciso il papa, ma con farglielo credere. Egli è morto di medicina. *Ibid.*, Estado, 6024. Asimismo *escribió el 8 de octubre de 1774 a Centomani y *el 11 de octubre

diciembre de 1774, el periódico jansenista de Utrecht *Nouvelles ecclésiastiques* propaló la noticia del envenenamiento del Papa por los jesuitas (1); aun cuando de manera alguna convenció a aquellos que habían seguido de cerca el curso de los acontecimientos. En agosto del siguiente año escribía Tanucci a un amigo: «Ganganelli fué un hombre de bien; no merecía morir tan pronto. En la embrollada cuestión jesuítica actuaban y todavía actúan muchos malvados y muchos fanáticos, por lo cual puede haberse perpetrado el envenenamiento, pero yo sigo en la creencia de que este falso rumor de la intoxicación ha sido lanzado por los mismos jesuitas; pues les favorece para infundir temor y demostrar su poderío, como no displice a las mujeres ser tenidas por personas del mal vivir, porque esto prueba que gustan a los hombres y los seduce a concurrir» (2).

Tanucci repite aquí la opinión que el agente napolitano Centomani había defendido poco después de la muerte de Clemente XIV, o sea que los amigos de los jesuitas habían propalado la conseja del envenenamiento para conseguir sus «diabólicos proyectos» de inspirar a los soberanos miedo por la propia vida (3).

Cordara atribuye a Bontempi la paternidad del rumor del envenenamiento de Clemente XIV por los jesuitas. «Al presente, dice, los superiores de la Orden estaban reclusos desde hacía más de un año en el castillo de San Ángel, y los otros aun dado que hubieran sido capaces de tan atroz delito no hubieran sido tan estúpidos de realizarlo tan a destiempo cuando todas las esperanzas habían caído por tierra. Mas la autoridad de este fraile no fué tan grande que llegara a convencer a nadie de historia tan increíble. Por eso los cardenales han despreciado el rumor considerándolo burda calumnia.» (4) La moderna investigación, pues, ha calificado con justo

de 1774 a Viviani, añadiendo: *Li stolidi che lo credono* (el envenenamiento por los jesuitas) sono di tutti li generi. *Ibid.*

(1) El artículo del número de *Nouvelles ecclésiastiques* del 19 de diciembre de 1774 está reimpresso en *Collecção*, III, 230 s.

(2) *Tanucci a Nefetti el 8 de agosto de 1775: Ganganelli fu un buon uomo; non meritava di morir tanto presto. Nel guazzabuglio Gesuitico erano e sono molti sclerati e molti fanatici, laonde quel veleno puo essere; io però persisto nel credere che li stessi Gesuiti siano autori della fama del veleno, anche non vero: serve l'opinione ad atterrire e a mostrar potenza, come non dispiace alle femine l'esser credute p..., perchè indica che piacciono agli uomini e gli alletta a concorrere. *Archivo de Simancas*, Estado, 6025.

(3) Así en la *carta a Tanucci del 4 de octubre de 1774 y de nuevo en *la del 11 de octubre de 1774, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, 1225.

(4) Cordara, 152. Hasta el autor de la obra violentamente antijesuítica

título de leyenda calumniosa el envenenamiento de Clemente XIV (1).

Con la muerte de su egregio protector se derrumbó la posición privilegiada de Bontempi. Constándole perfectamente el grande odio que se había conquistado en Roma abandonó precipitadamente el palacio pontificio. Corrió la voz de que se había llevado consigo importantes documentos. Moñino, que le había enviado su coche, amparó también a Nicolás Bischi no menos odiado que Bontempi a causa de su actuación en la administración de los cereales (2). El embajador español dirigió al decano del colegio cardenalicio, Juan Francisco Albani, una patética carta en la cual declaraba que Bontempi y Bischi estaban bajo la protección del rey; él, el embajador, esperaba que dada la sapiencia del sacro colegio no se haría mutación alguna respecto a la abolición de los jesuitas y que se elegiría a un Papa que se mostrara cual común padre; de lo contrario el gobierno español renovaríase sus aspiraciones sobre Castro y Ronciglione y haría entrar tropas napolitanas en los Estados pontificios.

Ragguaglio della vita, azioni e virtù di Clemente XIV, Florencia, 1775, dice en la página 80 que no es posible afirmar con seguridad una intoxicación. De diferente modo habla Caracciolo, v. Duhr, loco cit., 78 s.

(1) Schoell, *Cours d'hist. des États européens*, XLIV, 85; Lafuente, *Hist. de España*, XIV, Barcelona, 1889, 259; Theiner, *Hist.*, II, 518; Ugolini en el *Arch. stor. ital.*, N. S., IV, 1, 183; Reumont, *Ganganelli*, 70; Danvila y Collado, II, 588 s.; modernamente sobre todo Masson, 297 s. de modo excelente. Cf. Gendry en la *Revue des quest. hist.*, LI (1892), 429. También Cappelletti, II conclave del 1774 e la satira a Roma (tirada aparte de Bilychnis, VII, Roma, 1918, 3), rechaza la intoxicación. Ranke, *Pápste*, III³, 201 ss. ni siquiera se digna hacer mención de la fábula. La crítica de los escasos autores que como Huber (*Jesuitenorden*, 552) y Uschner (*Klemens XIV*, Berlín, 1866) todavía creen en el envenenamiento, se halla en Ginzel, loco cit., 250, y en Duhr, loco cit., 78 s. No hay que maravillarse de que un escritor como D. Silvagni (*La Corte e la Società Romana nei secoli XVIII e XIX*, I, Roma, 1884, 221) todavía defienda la fábula. El mismo Lewin (*Gifte in der Weltgeschichte*, 516-520) se declara en contra de la intoxicación y partidario de una dolencia crónica natural de índole cancerosa en los órganos internos.

(2) *Tiepolo al dux el 24 de septiembre de 1774, *Archivo público de Venecia*, loco cit. *Queda entregado al P. Maestro Buontempi el título de Predicador, que V. E. se sirve remitirme con su carta de 22 de este mes. Este religioso ha tenido grandísimo consuelo y me pide que V. E. le ponga á los pies del Rey... Ya no tendrá que hacer uso alguno de esta gracia, porque Roma, segun su costumbre, empieza á olvidar enteramente á este hombre, y vendrá día en que le hechará menos. El se halla indispuerto, segun todas las apariencias padece la misma enfermedad que el Papa. Se trata la curacion con toda reserva, hasta que Dios quiera descubrir al mundo, si verdaderamente ha avido algun misterio de iniquidad. Moñino a Grimaldi el 15 de diciembre de 1774, *Archivo de Simancas*, Estado, 5043.

Albani respondió que el colegio cardenalicio no pensaba introducir modificación alguna respecto a la Orden de los jesuitas y a los encarcelados en San Ángel; ningún derecho le asistía para derogar disposiciones del difunto Papa. En la próxima elección los cardenales procurarían elegir a un Sumo Pontífice que fuera acogido con agrado en todos los países católicos. Por lo que a Bontempi se refería no se le podían exigir responsabilidades, puesto que no había desempeñado cargo alguno oficial. Idéntico era el caso de Bischì: el presidente de la *Annona* era el único que debía dar cuenta sobre la administración de los cereales. Al recibir esta respuesta pesóle a Moñino su proceder. Procuró una entrevista con Albani en la cual declaró que España se proponía ir de acuerdo con Francia en el próximo conclave y que Bernis sería investido de plenos poderes por parte de ambas cortes. Como Moñino ya no se preocupó más de Macedonio y Alfani, por más que sobre ellos pesaran acusaciones de graves delitos, el agente napolitano Centomani, sin previo aviso de su gobierno, intercedió en su favor. Albani tranquilizó a Centomani respecto a Macedonio. En cuanto a Alfani declaró el cardenal que muchos de sus colegas eran partidarios de suspenderlo del cargo de auditor del conclave, cargo que en sí llevaba anejo el de auditor de la Signatura. La congregación general de los cardenales, sin embargo, no adoptó tal determinación (1).

Bontempi, que siguió en estrecha relación con Moñino, se había refugiado en la casa generalicia de su Orden, de los Santos Apóstoles. Allí presentó a su general Marzoni dos breves de Clemente XIV. El uno le levantaba toda dependencia de sus superiores, el otro contenía la licencia para secularizarse cuando le pluguiera. Luego aun mostró Bontempi otro tercer breve confirmándole en la posesión de todos sus bienes. El general respondió secamente que todavía faltaba el cuarto breve que tranquilizase la conciencia de Bontempi y salvase su alma (2). Tanucci estaba satisfecho del proceder de Centomani; creía que lo mejor sería que Bischì se retirase a un lugar bajo el dominio de los Borbones (3). Bontempi vió que Roma no era lugar a propósito para su residencia y haciendo uso del breve de

(1) Véase en el apéndice núm. 3 k el *informe de Centomani del 26 de septiembre de 1774, loco cit.

(2) V. el informe de Centomani citado en la nota anterior.

(3) *Tanucci a Centomani el 8 de octubre de 1774, *Archivo de Simancas*, Estado, 6024.

secularización abandonó la Ciudad Eterna y se retiró a Monte Porzio en los Albanos, donde atormentado de remordimientos de conciencia y temblando de miedo pasó una mísera existencia (1).

En los funerales de los Pontífices era costumbre reseñar con inscripciones colocadas en el túmulo los actos culminantes del difunto. Para los de Clemente XIV se eligieron aquellos que se relacionaban con la fundación del Museo Clementino, el enriquecimiento de la biblioteca vaticana, la recuperación de Aviñón y de Benevento, la beatificación de Francisco Caracciolo y del franciscano conventual Buenaventura de Potenza, y el retorno a la unión con Roma del patriarca nestoriano Simeón y de otros heresiarcas (2). La abolición de la Compañía de Jesús fué preterida con elocuente silencio, como tampoco se hizo mención de ella en la oración fúnebre. Fué sintomático que mientras en otras ocasiones para este cometido se presentaban en tropel los pretendientes, en ésta sólo se pudo encontrar con trabajo a un sujeto idóneo en la persona de Francisco Bonamici secretario de Breves. Este silencio inquietó notablemente a Tanucci (3); había sido impuesto por expreso mandato del camarlengo, el cual, lo mismo que la mayor parte de los cardenales, no había sido consultado sobre tan trascendental paso dado por el difunto y ahora dió expresión franca a su desaprobación (4).

Durante la sede vacante se vió Roma inundada como nunca de

(1) *Sta sospettoso rimordendogli la coscienza, giacchè prende timore degli alberi prendendogli per tanti uomini posti in aguato per trucidarlo, onde prima della calata del sole ritorna alla sua abitazione, dice Centomani a Tanucci el 18 de octubre de 1774, *Archivo público de Nápoles*, Esteri-Roma, 1225.

(2) Raggiaglio della vita di Clemente XIV, 85 ss.

(3) *Tanucci a Centomani el 8 de octubre de 1774, loco cit.

(4) Centomani dice en su *carta a Tanucci del 18 de octubre de 1774, loco cit., que el colegio cardenalicio no había permitido se mencionase la supresión de la Compañía de Jesús en la inscripción del catafalco ni en la oración fúnebre. Todavía hubo otro incidente de carácter personal: sobre el catafalco estaba representada la devolución de Aviñón por medio de la figura de un emisario arrodillado ante Clemente XIV. En el manto del emisario aparecían las lises de Francia, lo cual no quisieron tolerar Bernis y sus compañeros. V. Masson, 302, n. 2. En un *informe de Centomani a Tanucci del 11 de octubre de 1774, loco cit., se dice: I tre Ministri borbonici con identico biglietto fecero togliere dal Catafalco le insegne Reali ed i gigli del mantello. Nessuna menzione della Soppressione nè intorno al corpo del Pontefice, nè nella Orazione funebre, che non sarà stampata forse per diminuire la vergogna d'una tale preterizione. El *billetto de Moñino al camarlengo Rezzonico del 1.º de octubre de 1774 se halla en el *Archivo de la Embajada española de Roma*. A pesar de todo la oración fúnebre apareció impresa más tarde.